

Entrevista a Félix TERRONES



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificación

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Realizada por:
DANIELA CONDE MONTERO

Investigadora independiente
da.conde31@gmail.com

Número 10, pp. 170-175
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo licencia
Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional CC-BY-NC-ND

En su página web (<https://felixterrones.wordpress.com/about/>) encontramos un conjunto de microrrelatos de su autoría que han sido publicados en diversos medios. A pesar de haber una variedad de microrrelatos y de que son autónomos, ¿comparten algo en común?

Antes que nada, muchas gracias por la entrevista. Desde luego que comparten algo en común: el autor. Lo digo y me parece una tautología, pero no lo es. Lo que quiero decir es que el autor que alguna vez fui cuando escribí esos microrrelatos se impuso dar forma a ficciones disímiles, heterogéneas, en las que el lector puede encontrar un decantamiento en lo fantástico o, más bien, un énfasis en una atmósfera, un conflicto psicológico, incluso una inquietud existencial. Con el tiempo, me he dado cuenta, además, de que en “El viento en tu cara” reúne en sus tres partes los tipos de microrrelatos que me interesan: las relaciones humanas, en particular las de pareja; la infancia, con todo lo que implica de inocencia y cuestionamiento de ésta; y los microrrelatos más de corte literario, en los que indago la escritura, los escritores, qué cosa podría ser la literatura, esa quimera que no se puede nombrar aunque sí formular.

Sus microrrelatos siempre van acompañados de imágenes: ¿la esencia de estos está en la imagen, en el título o en el propio texto?

En realidad, las imágenes acompañan los microrrelatos en las bitácoras donde los colgué. Nada más. Si te das cuenta, es una práctica muy común entre quienes cuelgan microficciones en la red. Lo cual en gran parte se explica por el medio. Leer en una pantalla es agotador para muchos tele-lectores si es que no tienes pausas que muchas veces son marcadas por las imágenes. Así que nada de esencias en la imagen, pese a que, desde luego, las imágenes añadan un significado. Lo que he buscado en cualquier caso es que las imágenes enriquezcan la experiencia de lectura. En otras palabras, que no hagan prosaico lo que transmite el microrrelato. Tal vez ese es el gran riesgo a la hora de incluir imágenes, ¿no? Es decir, orientar demasiado la lectura, quitarle poder evocador a las palabras por culpa de una imagen que es utilizada, como tantas ocasiones, para ilustrar y al ilustrar no hacen más que quitar misterio.

¿Cómo es el proceso de creación de los textos? ¿Escribe dejándose llevar, sin un orden, o necesita un esquema sobre el que construir la historia?

El proceso de creación de los microrrelatos fue breve pero intenso. No sé cuántos escribía por día, muchos incluso en su versión definitiva. Al final, una vez que ya los tuve casi todos terminados me di cuenta de que, de una manera misteriosa, pese a su diversidad, el se orientaban en líneas similares. Todos daban forma a inquietudes muy personales que se expresaban mediante la ficción. Así que, sí, me dejé llevar, como por lo general hago con mis libros de creación, pero una vez que tuve conciencia del conjunto fue que regresé a ellos con otra mirada. En ese momento se impuso la necesidad de reforzar la coherencia del volumen, fue ahí que escribí los últimos microrrelatos, más con la conciencia de hacer de ellos una especie de bisagras para sostener la experiencia total del lector; en otras palabras, para entregarle la sensación de un conjunto.

A lo largo de los microrrelatos hace menciones directas e indirectas a las palabras, a veces como traidoras y otras como compañeras. ¿Las considera leales a la realidad o traicioneras? ¿Qué supone para usted la palabra? ¿Es más fiable la palabra escrita que la palabra hablada?

En uno de sus poemas Alejandra Pizarnik dice algo así que las palabras en lugar de materializar dan forma a la ausencia. No se equivocaba. Al menos en literatura, el escritor que creo ser da forma a vacíos, silencios, busca expresar con las palabras una experiencia intraducible bajo riesgo de desgastarla, convertirla en otra cosa. Las palabras, en literatura, son lo que nos permite recrear atmósferas, emociones, sentimientos, pero de manera única. Un buen escritor es quien compagina la originalidad de su propuesta con la experiencia literaria que propone. En otras palabras, el uso que hace de las palabras y cómo las reúne para cuestionar de manera sutil lo que la convención, o el sentido común burgués, llama realidad.

En sus microrrelatos encontramos el viaje como una manera de evadirse de la realidad, como «En un país desconocido» o en «Sumo». ¿Es posible que un viaje cambie la realidad de una persona? ¿Qué opina del viaje como vía de escape?

No sé si sea tanto evadirse de la realidad como arrojar una nueva mirada sobre la experiencia con todo lo que esto puede ofrecer, incluso cambiar de identidad. De hecho, muchas veces, y tu pregunta me hace advertir ello, mis cuentos llevan al pie de la letra esa necesidad que tienen muchos viajeros, una mezcla de anhelo con necesidad de evasión, de ser nuevas personas, partir desde cero. Lo cual me lleva en ocasiones a plantar conclusiones fantásticas como intercambios de identidad o juegos de dobles. Ahora te puedo decir que esa es una de las líneas importantes no solo en mis microrrelatos, sino en mucho de lo que escribo... ¿Qué tanto podemos transformarnos, ser otros, quienes deseamos ser? ¿Qué tanto dejamos de ser nosotros mismos, nos alienamos por eso mismo? Esa tensión imposible de resolver es la que toma forma en mis microrrelatos.

¿Qué relación tiene con los personajes de sus microrrelatos? ¿Siente simpatía por ellos? ¿Considera que tienen autonomía respecto a su autor?

Mis personajes existen, muchas veces casi de inmediato. Apenas me doy cuenta cuando ya están definidos en sus personalidades, inquietudes, hasta en su forma de hablar (este último punto es muy importante para mí: si no los escucho, todavía me parecen incompletos). En otras ocasiones, me cuesta darles forma. Los veo como en medio de la niebla conforme los dejo adquirir gestos, manías, actitudes que les dan corporeidad. Ahora que recuerdo el proceso de escritura de “El viento en tu cara”, te puedo decir que en muchas ocasiones los personajes partieron de una idea de conflicto frente a alguien o una situación. Entonces, buscaba explotar al máximo ese conflicto, claro, sin ser maniqueo. Muchas veces, me divertí con un conflicto que asomaba recién al final, tras una disposición de lo relatado que apuntaba hacia lo más cotidiano posible. En “Casa de muñecas”, por ejemplo, el conflicto aparece al final para darle la vuelta a la historia, la realidad y al lector mismo.

La trama de algunos de sus microrrelatos se desarrolla en París, ciudad en la que estuvo viviendo durante algún tiempo. ¿Es recomendable escribir desde una base (por pequeña que sea) autobiográfica?

La trama de dos o tres de mis microrrelatos tiene lugar en París. Así que no creo que pueda ser el más indicado para responder a esa pregunta. Lo único que te puedo decir es que incluso si hubiese ambientado mis ficciones en Marte, habría mucho de autobiográfico en ellas. Entiendo por autobiográfico la experiencia enmascarada, convertida en ficción y no la que se disfraza de ficción. También las lecturas. Quizá las lecturas, el lector que uno es en función de los libros que lo han marcado, sea lo más autobiográfico del mundo. ¿No? Quiero decir que las influencias en la literatura son para

un escritor como la marca de su vida, en la medida en que la lectura es gran parte de su existencia.

De hecho, creo que a nadie le importa mi vida civil, pero a un lector le importa cómo convierto en signo esa vida, en metáfora de algo.

En «Una Vocación» se ve cómo un joven acaba perdiendo las ganas de escribir; ¿cómo afronta este problema como escritor? ¿Qué le impulsó a adentrarse en el mundo del microrrelato? ¿Cómo descubrió el género?

Me gusta la pregunta. Casi por casualidad para ser honesto. Cuando empecé a escribir microrrelatos, no tenía idea de que me saldría un libro. Acababa de terminar una novela y me sentía sin eso que llaman inspiración. Así que, casi como quien taja sus lápices, me puse a escribir bajo consejo de mi esposa, quien me dijo que de esa manera no dejaba de escribir y a la vez me enfrentaba con un nuevo género. Y el experimento resultó siendo un taller de escritura porque lo que aprendí a lo largo de esos dos meses fue la necesidad de ser conciso, el poder de lo sugerido, cuánto se dice mediante el silencio de la elipsis. En fin, muchas estrategias narrativas que después utilicé con mayor conciencia en mis cuentos y novelas. El descubrimiento del microrrelato me dio la conciencia de que se dice mucho más mediante lo implícito, incluso lo que se calla, lo que uno se niega a dar forma mediante las palabras.

¿Quién ha sido su maestro en la literatura? ¿Diría que su influencia se ve en sus microrrelatos?

Entre los latinoamericanos, Augusto Monterroso y nadie más. En él está la lectura, la ética frente a la vida, el humor que ilumina sin descanso. Además, cuando lees a Monterroso te das cuenta de algo que parece una obviedad pero que es importantísimo. Cada palabra cuenta, debe estar orientada al resultado, el desenlace, el efecto que se busca generar en el lector. Desde luego, he leído a Arreola, Iwasaki, Matute y Valenzuela, pero más como un lector que se enfrenta a autores que han sabido constituir propuestas originales, no los he leído como autores de quienes pueda aprender. Después, en otro registro, guardo un recuerdo muy preciso de “Centuria”, de Manganelli. Ese es uno de los libros que me hubiera gustado escribir. Además, “Centuria” juega mucho con ese elemento muy literario que tienen varios de mis microrrelatos. Con Manganelli me pasa que reconozco en sus escritos a casi un familiar. Cuando lo leí por primera vez me di cuenta de que ya había escrito asuntos que me rondaban la cabeza y que, desde luego, nunca habría de escribir con tanta maestría y humor, pero quedó como un referente.

El tema del olvido como un tipo de muerte aparece en muchos de sus microrrelatos. ¿Qué significa el olvido para usted?

Es muy cierto eso. Al menos hasta donde recuerdo lo que he escrito. Sabes que hace años no escribo microrrelatos, pese a que muchas veces siento que llevo varios adentro que esperan que los lleve al papel. Creo que, en general —es decir, no solamente en mis microrrelatos— en mis escritos el olvido es una forma de silencio, por lo tanto, otra forma de muerte. Mis personaje se debaten por no convertirse en olvido en la memoria de los demás, pese a que muchas veces estén convencidos de lo inútil de sus gestos. Entonces, deciden que caerán en el olvido, sí, pero en la apoteosis más grandiosa. Pienso en un microrrelato como “Bolero de Ravel”.

En «Macumba» una pócima hace que un hombre quede rendido por una mujer y abandone a su familia, solo para que, después de un tiempo, la mujer se canse de él. Mientras que en «Átomos en movimiento» dos personas no acaban juntas porque, a

pesar de vivir en la misma zona, no llegan a coincidir nunca. ¿Qué hace que se produzca una conexión entre dos personas? ¿De qué depende? ¿Puede durar esa conexión toda la vida?

No tengo la menor idea. Allí nos estamos deslizando en el terreno peligroso de los consejos para parejas y prefiero quedarme en el modesto espacio de la creación literaria. Lo que sí te puedo decir es que me intriga mucho el funcionamiento de las parejas, esa especie idioma de solo dos locutores que se instala entre dos individuos y cómo, pese a la complicad, a conocerse de memoria, a tener tantas experiencias juntos, pues ocurre que esos individuos terminan convertidos en extranjeros. Eso es, el convertirte en extranjero para el otro, es una circunstancia que me interpela mucho.

La mayoría de sus personajes parecen huir de lo cotidiano. ¿Qué opina de la cotidianeidad?

No sé qué responder. Me parece una pregunta demasiado general y no quiero arriesgarme a responder mal. En cualquier caso, el lector moderno busca cualquier cosa salvo la cotidianeidad en lo que lee. Es decir, incluso si el libro que lee se refiere a una cotidianeidad reconocible, la mirada que se posa sobre esa cotidianeidad, el lenguaje y la forma utilizados le entregan una cualidad distinta. En el caso de mis microrrelatos, tal vez mis personajes buscan a cualquier precio darle un nuevo sentido a sus existencias, mediante la huida, los gestos extremos, que pueden ser violentos o terriblemente silenciosos, casi imperceptibles, pero siempre crispados, cargados de electricidad. Felizmente, está la mirada del lector como cómplice, testigo, a veces coautor de lo que ocurre.

¿Busca algo en particular cuando escribe un microrrelato? ¿Escribe para cambiar la realidad? ¿Para que el lector se cuestione la realidad?

Lo que busco te lo diré con una imagen. Quiero abrir un agujero negro para mi lector. Necesito que, pese a la brevedad del microrrelato, quizá como consecuencia de ella, el lector cuestione su realidad, sea sensible a las fisuras que hay en ella, casi como si de repente advirtiera lo arbitrario de todo lo que acepta como real. Ocurre, de una manera u otra, con microrrelatos como “Casa de muñecas” o “Soldadito de plomo”. Creo que vivimos en una época que lo ha cambiado todo. Entre otras cosas, la literatura. Ahora me encuentro con mucha gente que lee literatura para sentirse bien, poder hablar con los demás, identificarse con el narrador. La literatura que llaman autoficción va un poco por ese camino. Yo no quiero eso. Yo busco que mi lector sienta cualquier cosa menos identificación. Al contrario, espero provocar una reacción en él. ¿Que se cuestione la realidad? ¿Por qué no? Pero yo no lo habría formulado de ese modo. Lo que me importa es generar un malestar intraducible con las palabras. Eso es. Algo que se pueda formular con las palabras, pero que, una vez convertido en experiencia, los lectores sean incapaces de explicarse sus sentimientos, sus emociones.

¿Por qué *El viento en tu cara* (2014)? ¿De dónde nace este título?

En verdad, con los títulos de mis ficciones me ha pasado de todo. Me ha ocurrido tener títulos incluso antes de empezar un libro. También me ha pasado tener un libro entre manos y tomar varios meses antes de encontrar un título. Curiosamente, con “El viento en tu cara” —uno de mis títulos favoritos entre mis libros— no me ha pasado ni lo uno ni lo otro. El título llegó al final del proceso de escritura casi de manera natural, como si

fuese el nombre que convenía para el conjunto y ningún otro. ¿Por qué “El viento en tu cara”? Prefiero no responder. El título debe quedar en la sugerencia. Si como autor propongo una explicación, me arriesgo a restringir el poder de evocación del título. Te diré, solamente, que lo escogí pues tuve la sensación de que el título resonaba de manera particular, antes y después de cerrar el libro, como si fuera el anuncio y la conclusión de una experiencia similar a tener el viento en contra, que azota en tu cara sin descanso, obligándote a entrecerrar los ojos y, pese a todo, seguir avanzando. Algo muy físico, pero a la vez muy simbólico.

¿Hay alguna pregunta que no le hayan hecho nunca con relación a su obra y le gustaría responder?

Ninguna. Agradezco mucho por la entrevista que me ha permitido mirar de otra manera mis ficciones. Siempre es una alegría descubrir nuevos lectores y saber que las ficciones que uno escribe como quien arroja botellas al mar encontraron una orilla sensible. Hasta la próxima.